

Olga Bejano, un «alma de color salmón»

Luis Alfonso Orozco

Profesor del Instituto de Ciencias Religiosas, Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma

EL SALMÓN ES UN PEZ MUY PARTICULAR, pues para cumplir la aventura de su ciclo vital ha de nadar contracorriente en los ríos, además de superar los numerosos enemigos que le acechan. Como un salmón luchador y generoso, así consideraba que era su alma Olga Bejano, española de La Rioja, quien combatió hasta que las fuerzas se lo permitieron y que falleció hace poco más de dos años, en diciembre de 2008. Pero lo más admirable de esta mujer fuerte era que durante más de dos décadas vivió en un estado de enfermedad degenerativa, que la tenía inmovilizada. El cuerpo no le respondía y se degradaba, pero en cambio su alma de salmón crecía en belleza mientras Dios le dio fuerzas para sus grandes batallas.

Olga escribió cuatro libros, tres en vida y uno póstumo. «*Voz de papel*» fue el primero, donde narró su convivencia con la enfermedad, su peregrinación por muchos hospitales, y su respuesta veraz a las preguntas que un complicado diagnóstico como el suyo suscita. El libro fue publicado por «Sal Terrae» en 1997, diez años después de comenzar a escribirlo. A través de sus páginas, dice Olga, «el lector puede sentir los temores, las luchas, el agotamiento, los momentos buenos, los malos y cómo sentí la presencia de Dios». Todo esto, añade, «sin acritud, sin amargura, con sentido del humor en muchos casos, aunque también con buenas dosis de sinceridad, pero ante todo llena de esperanza». Esta fue su primera obra, le dio celebridad y la hizo conocer dentro y fuera de España. Fue traducida al italiano, bajo el título «Voce di carta», editada por «Shalom», en 2006.

El segundo libro, «*Alma de color salmón*», tardó dos años y medio en escribirlo y otros dos en publicarlo. Fue editado en España por «Libros Libres» en 2002. En él, dice ella misma, «hablo poco de mi cuerpo y en cambio abro mi alma». El título alude a la metáfora del salmón que remonta el río nadando contracorriente. Y con alma de salmón se batió Olga Bejano contra la fácil deriva cultural de la eutanasia en nuestros días. Ella expresó siempre, ante el controvertido tema de la eutanasia, que no deseaba ser manipulada ni a favor ni en contra. Que comprendía la dificultad de cada persona: «Como a cualquier ser humano, no me gusta sufrir. Respeto y entiendo a las personas que solicitan la eutanasia. A mí, en más de una

ocasión, me han dado ganas de tirar la toalla, pero ahora sé que si sigo aquí es por algo, porque ocasiones para fallecer las tengo un día sí y otro también. Mi deseo es poder llegar al final con la calidad de vida que vaya precisando y con dignidad y que sea Dios quien decida cuándo ha llegado mi día y mi hora». Por ello, se propone «luchar por los derechos de los enfermos, por el derecho a servicios de salud más humanos e integrales», así como «la dignificación del enfermo como un ser completo en sí mismo y con aportes que hacer a la sociedad». Y exhorta: «En vez de hablar de ‘muerte digna’, se debieran ofrecer ayudas para facilitar la ‘vida digna’».

Olga sabía que el don de la maternidad física le había sido vedado, por lo que cada uno de los libros que con tanto trabajo gestó lo consideraba un hijo espiritual, al que había dado a ‘luz’ después de penas y sufrimientos. «*Los Garabatos de Dios*» fue su tercer libro y en él se muestra de nueva cuenta la mujer fuera de lo común, creyente sincera, que fue Olga Bejano. En el volumen esta riojana singular proclama su amor por la vida, y comunica la riqueza que surge de una fuerza interior cultivada en la fe y la esperanza puestas en Dios, autor de la vida y Padre que recompensa en la eternidad.

Breves datos biográficos

Olga Bejano Domínguez, nació en 1963 y murió en 2008, con 45 años. Debido a una parálisis progresiva, iniciada a los doce años, al parecer por un componente de la anestesia en una operación de apendicitis, fue perdiendo progresivamente su capacidad motora. Pero Olga no permitió nunca que su enfermedad la definiera, aunque explica en parte su producción literaria, fruto de lo que ella llama su «oración constante». La capacidad de lucha por vivir y su deseo de comunicarse llevaron a Olga --que sólo podía ver durante unos segundos cuando le levantaban un párpado, pero no podía hablar ni escribir--, a inventar un sistema de abecedario y, como explicaba ella misma, «unos garabatos que sólo entiende la enfermera que me cuida habitualmente».

A los 23 años, todo se le complicó: «Me pronosticaron seis meses de vida, los cuales se han convertido en veinte años de propina divina», dice Olga. Entonces decidió que «no podía esperar a la muerte de brazos cruzados». A finales de 1995, dice ella misma, «mi ‘voz de papel’ se quebró y ya no podía escribir con una letra legible; así nacieron mis famosos garabatos: escribo apoyando mi mano paralizada en mi pierna derecha y con impulsos de la pierna muevo la mano».

Esta mujer tenaz ha sabido dar forma literaria, para poder animar a otros en su situación, a lo que experimentó tras la rebeldía ante la enfermedad. «El alma es más fuerte que el cuerpo», se dijo, y concluyó que la madurez espiritual y el crecimiento personal eran fruto de un «alma es fuerte, luchadora, alegre, trabajadora y con una fe y confianza fuertes en Dios, en la Virgen María, en el Espíritu Santo y en mi Ángel de la Guarda». Todo ello la llevó a una oración constante: «Desde que descubrí a Dios me sucede algo similar a cuando una persona se enamora: me levanto pensando en Él, durante el día pienso en Él y al acostarme, cuando más relajada estoy, en la oscuridad y el silencio es cuando Él se siente mejor para hacerse oír. En la oración lo que cuenta no es lo que nosotros hacemos, sino lo que Dios hace en nosotros durante ese tiempo». Lo cual no la exime de un sufrimiento atroz: «Cuando rezo le pido fuerzas a Dios para que me ayude a llevar una cruz que cada día pesa más y que ya ha pasado por las tres fases: al principio era ligera, como si fuera de plástico; luego se transformó en madera y desde hace 14 años, me parece de hierro».

En su tercer libro publicado mientras aún vivía, «*Los Garabatos de Dios*», hace alusión al sistema que usaba para comunicarse. En la obra, lanzada también por «Libros Libres», vuelve a hablar de su vida espiritual y humana, desde una cima que adivina cercana y aupada por la confianza que le dan los dos libros anteriores y el reconocimiento de sus paisanos y lectores. «Para mí, cada día que tengo de vida es una propina y un milagro. Entiendo que, procesos de enfermedad larga, crónica y cruel, hagan que algunos enfermos se desesperen pero, en mi caso, mi cuerpo cada día me va diciendo que lógicamente no voy a más joven, ni a más sana; siento que el final cada día está más próximo. Si veinte años se me han pasado en un suspiro, el final sólo Dios sabe lo que va a durar pero seguro que me llegará cuando menos lo espere».

Poco antes de fallecer, Olga Bejano preparó «*Alas rotas*» que puede considerarse como su testamento espiritual. En este libro se ofrece una de las reflexiones más lúcidas y humanizadoras sobre la condición del hombre, el sufrimiento y la capacidad de superación personal. *Alas rotas* llegó póstumamente, pero en él Olga resume un poco el espíritu de los tres anteriores, y constituye una introducción global a su caso, dando razón de lo que en los demás volúmenes trataba por extenso: su vía crucis médico, su lucha por los derechos de los enfermos, su itinerario espiritual.

Con este libro, que supone el cierre de una obra que ha cautivado a miles de lectores, se abre por última vez al lector la fascinante intimidad de la autora. Con su heroico esfuerzo por llevar adelante su gravísima enferme-

dad sin ceder nunca al desaliento, la autora demostró que el sentido de una existencia no depende tanto de la calidad de vida como del empeño por ir más allá de uno mismo y de saber abrirse a los demás. (Cf. <http://olgabejanodominguez.blogspot.com/>).

Olga Bejano Domínguez fue nombrada «Riojana del Año», en 1998, y recibió la «Medalla de Oro» de la tierra que la vio nacer. Aludiendo a una experiencia personal de encuentro con Dios, explicaba su postura ante el encuentro definitivo: «Cuando me vuelva a ver de nuevo en el túnel de luz, le diré a mi guía: ¡Otra vez estoy aquí! Me dijiste que la próxima vez que nos viéramos no tendría que volver. Aquí de nuevo estoy, pero esta vez traigo hechos los deberes».